

sufrir cualquier desprecio e injuria que se me haga. Ea, Señor, por el mérito de vuestros ultrajes dadme valor para sufrir los míos.

PUNTO 3.º - LOS ULTRAJES DE LA SOLDADIESCA Y DE HERODES.

Habiendo el conciliábulo de los ministros de la sinagoga declarado a Jesús reo de muerte, se puso la chusma de los satélites a maltratarle con bofetadas, con golpes y con asquerosas salivas que le echaban en la cara y todo lo restante de la noche estuvieron de esta diabólica manera entretenidos vendándole los ojos, diciéndole por burla: “Tú que eres profeta, adivina quién te ha pegado”. Contempla aquí el admirable silencio y la paciencia de este manso Cordero, que sin quejarse todo lo sufre por nosotros, y dile: “Amado Jesús mío, si éstos no os conocen yo os reconozco y confieso por mi Dios y Señor, y declaro que todo lo que sufrís siendo inocente, es por mi amor: os lo agradezco y os amo de todo corazón”. Después de amanecido le llevaron a Pilatos para que le sentenciara la muerte judicialmente. Pilatos le declaró inocente; sin embargo, para no comprometerse con los judíos, que seguían alborotados, le envió a Herodes. Deseaba éste

ver algún milagro del Salvador, movido únicamente por vana curiosidad, y al efecto le fue haciendo varias preguntas; pero Jesús calló y no le dio ninguna contestación, no mereciéndola aquel malvado; por lo que irritado Herodes le hizo sufrir muchos desprecios y especialmente hizo que le vistieran con una ropa blanca, para hacerle pasar por loco.

¡Oh Sabiduría eterna! ¡Esta nueva injuria os faltaba: ser tratado de loco! ¡Oh Dios mío! También yo hasta aquí os he despreciado por amor de las criaturas; pero no me castigéis como a Herodes privándome de vuestras palabras, pues si él no se arrepintió de haberos ofendido, yo sí me arrepiento: y si él no os amó, yo sí os amo sobre todas las cosas. Ea, no me neguéis las voces de vuestras inspiraciones: decidme qué es lo que queréis de mí, que todo quiero hacerlo con vuestra gracia. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN CUARTA

MIÉRCOLES

Jesús azotado

PUNTO 1.º - LOS VERDUGOS LE CUBREN DE LLAGAS.

Considera cómo viendo Pilatos que los judíos no dejaban de pedir la muerte de Jesús, mandó que fuera azotado, pensando el injusto juez que con esto se darían por satisfechos sus enemigos, y por este medio podría librarle de la muerte; mas semejante recurso resultó excesivamente doloroso para el Salvador, porque conociendo los judíos que Pilatos después de aquel suplicio quería dejarle libre, ganaron a los verdugos a fin de que le azotaran hasta hacerle perder la vida en aquel tormento. Entra, alma mía, en el pretorio de Pilatos, hecho teatro de los dolores e ignominias del Redentor, y mira cómo el mismo Jesús se desnuda de sus vestiduras y abraza la columna, según fue revelado a Santa Brígida, dando con esto a los hombres una prueba evidente de su amor, y de la voluntad con que se sujetaba a las penas. Mira cómo aquel inocente Cordero está

con la cabeza inclinada y, con el rostro cubierto de rubor, esperando que se dé principio a aquel cruel martirio, y he aquí que aquellos bárbaros ya empiezan a atormentarle; unos le azotan las espaldas, otros el pecho, otros los lados, la misma sagrada cabeza y el hermoso rostro no quedan sin golpes; corre ya la sangre, están manchados los azotes, las manos de los verdugos, la columna y la tierra: y no quedando ninguna parte sana para herir, añaden llagas a llagas y despedazan todas aquellas sacrosantas carnes.

¡Oh Alma mía! ¿Y cómo has podido tú ofender a un Dios azotado por ti? Y Vos ¡oh Jesús mío! ¿cómo habéis podido sufrir tanto por un ingrato? ¡Oh llagas de Jesús mío, Vos sois el único amor de mi alma!

PUNTO 2.º - ECCE HOMO

Según fue revelado a Santa María Magdalena de Pazzis, los verdugos llegaron a sesenta, sustituyéndose unos a otros. Los instrumentos escogidos a este fin fueron los más fieros, de modo que cada golpe causaba una herida, y los golpes llegaron a muchos millares, tanto que quedaron en algunos puntos descubiertos los huesos, según la revelación hecha a Santa

Brígida. Tan lastimado quedó el Señor, que Pilatos creyó poder mover a compasión a sus mismos enemigos cuando se los mostró, diciendo: *Ecce homo*. Y el Profeta Isaías bien nos predijo el estado lastimoso a que debía verse reducido el Salvador en este paso, diciendo que su carne debía de ser despedazada y su bendito cuerpo debía quedar como el de un leproso, todo cubierto de llagas.

¡Oh Jesús mío! Gracias os doy por tanto amor; detesto todos mis criminales placeres que os han costado tanta pena. Haced que me acuerde frecuentemente del amor que me habéis tenido, para que os ame y no os ofenda más ¡Qué especial infierno no merecería yo, si después de haber conocido vuestro amor y de haber sido perdonado por Vos tantas veces, volviese de nuevo a ofenderos y me condenara! No, amor mío, no lo permitáis: yo os amo con todo mi corazón y quiero siempre amaros.

PUNTO 3.º - FLAGELADO POR NUESTROS PECADOS.

Considera cómo para pagar nuestras culpas, especialmente las de impureza, quiso sufrir este gran tormento en sus inocentes carnes, como claramente lo anunció el Profeta, diciendo: *Ha sido herido por nuestras malda-*

des. Y creyendo esta verdad, ¿podrás tú, alma mía, pertenecer al número de aquellos ingratos que miran con indiferencia a un Dios azotado por tu amor? Pondera bien este dolor, y más este amor con que tu dulce Señor sufre tanto por ti. Si no hubiese sufrido más que un golpe, debería bastar este solo golpe para hacerte arder en amor, considerando y exclamando: *un Dios ha recibido semejante injuria por mí.* ¿Pues qué será después que ha sufrido por tu amor tan cruel destrozo en su cuerpo?

¡Oh mi Jesús, y Señor mío! Nosotros hemos ofendido a la Majestad divina, y Vos habéis querido pagar la pena de nuestros pecados. ¡Sea bendita para siempre vuestra caridad! ¿Qué sería de mí si Vos no hubiérais satisfecho a este precio? Sé que pecando he despreciado vuestro amor; pero ahora sólo deseo amaros y ser amado de Vos. Habéis dicho que amáis al que os ama; pues yo os amo, y os amo con toda mi alma: hacedme digno de vuestro amor. Atadme indisolublemente con él, y no permitáis que vuelva a separarme de Vos. En vuestras manos me pongo; castigadme como queréis, con tal que no me privéis de vuestro amor. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN QUINTA

JUEVES

Jesús coronado de espinas

PUNTO 1.º - JESUCRISTO HECHO REY DE BURLAS.

No satisfechos aún aquellos infames sayones con los horribles tormentos de los azotes y el destrozo causado en el adorable cuerpo de Jesucristo, inspirados sin duda por Satanás, e instigados por los judíos, queriendo tratarle cual Rey de escarnio, le vistieron de un andrajoso pedazo de púrpura como manto real; le pusieron una caña en las manos por cetro, y en la cabeza un manojo de espinas por corona; y añadiendo al escarnio un nuevo tormento le quitaron la caña, y con ella, a fuerza de golpes, hicieron que las espinas se hincaran en la sagrada cabeza, “de modo, dice San Pedro Damiano, que algunas penetraron hasta el cerebro”, y fue tanta la sangre que brotó de aquellas heridas, que de ellas quedaron empapados los cabellos, los ojos y las barbas del Salvador, según fue revelado a santa Brígida. Este tormento de la coronación fue no sólo dolorosísimo, sino también más prolongado,

porque las espinas quedaron tan profundamente clavadas, que cada vez que le tocaban la corona o la cabeza, se renovaba el dolor.

¡Oh espinas crueles! ¿Cómo atormentáis de este modo a vuestro Creador? Mas ¿por qué me dirijo yo a las espinas? Alma mía, tú con tus malos pensamientos has herido la cabeza de tu Señor. Amado Jesús mío, Vos sois el Rey de los cielos pero ahora estáis hecho un Rey de oprobios y dolores: a esto os ha impulsado el amor que tenéis a vuestras criaturas. ¡Oh Dios mío! Yo os amo: mas ¡ay de mí mientras vivo, estoy expuesto al peligro de abandonaros de nuevo y de negaros mi amor, como lo he hecho hasta ahora. Si conocéis, Señor mío, que he de volver a ofenderos, hacedme morir ahora, pues espero morir en vuestra gracia.

PUNTO 2.º - JESUCRISTO, OBJETO DE DIVERSIÓN DE LA CHUSMA.

Quiso además aquella chusma abominable hacer de Jesús un objeto de diversión, y multiplicar sus afrentas y sufrimientos, para lo cual, arrodillándose ante Él, le decían en tono de mofa: *Dios te salve Rey de los judíos*; y así diciendo, le escupían en el rostro, y abofeteaban con palabras y ademanes de desprecio.

¡Ah! si alguno hubiese pasado por allí y hubiesen visto aquel hombre tan desfigurado, cubierto con aquel viejo manto, con aquella corona en la cabeza, tan mofado y maltratado por gente tan baja, ¿por quién le hubiera tenido sino por el hombre más infame y malvado del mundo?

¡Oh Jesús mío! Si miro vuestro cuerpo, no veo en él sino llagas y sangre; si considero vuestro corazón, no descubro sino aflicciones y amarguras. ¡Oh Dios mío! ¿Y quién sino una bondad infinita, como Vos, podía ofrecerse a sufrir tanto por las criaturas? Esas llagas son otras tantas señales del amor que nos tenéis. ¡Oh! si los hombres os contemplasen en este estado de dolor y de ignominia, ¡cómo quedarían cautivos de vuestro amor! Señor, yo os amo y todo me entrego a Vos; os ofrezco la sangre y la vida y estoy dispuesto a sufrir y morir como a Vos plazca; aceptad el sacrificio que os hace de sí mismo un miserable pecador que ahora os ama con todo su corazón.

PUNTO 3.º - JESUCRISTO ES PRESENTADO AL PUEBLO POR PILATOS.

Devuelto Jesús a Pilatos, éste, desde una galería, le mostró al pueblo diciendo: *Ecce*

homo, “he aquí el hombre” queriendo decir “Aquí tenéis al hombre que habéis presentado a mi tribunal, acusándole de haber querido hacerse Rey; ya veis desvanecido este temor, por estar reducido al estado en que le veis, próximo a perder la vida, dejadle, pues, que vaya a morir a su casa”. Mas los judíos, que por un exceso de ceguedad habían dicho antes: *Si es inocente, que caiga sobre nosotros la responsabilidad de haber derramado su sangre*, gritan ahora: *Quítale de nuestra vista y manda que sea crucificado*. Considera, aquí, alma mía que, así como Pilatos mostró a Jesús al pueblo, así también desde el cielo el Eterno Padre le muestra a nosotros, diciéndonos:

“He aquí el hombre que yo os prometí por Redentor, el mismo que es mi Hijo unigénito, a quien amo como a mí mismo; vedle aquí, hecho el hombre más afligido y despreciado: considerad sus penas y amadle”.

¡Oh Dios mío! Yo considero los dolores de este Hijo vuestro, y le amo: y Vos, por los méritos de sus penas y desprecios, perdonadme todas las ofensas que os he hecho: baje sobre mí el rocío de su sangre, y me alcance misericordia. Me arrepiento, bondad infinita, de haberos ofendido, y os amo con todo mi cora-

zón; mas Vos que sabéis mi flaqueza, ayudadme y tened piedad de mí. María esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN SEXTA

VIERNES

Camino del Calvario

PUNTO 1.º - JESÚS CARGA CON LA CRUZ.

Por último, Pilatos, por temor de perder la gracia y el favor del César, después de haber tantas veces declarado a Jesús inocente, le sentencia a morir crucificado; se lee la injusta sentencia, Jesús la escucha, y con santa resignación la acepta, sujetándose a la voluntad del Eterno Padre, que quiere que muera en la cruz por nuestros pecados. *Se humilló*, dice el Apóstol, *hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*. Enseguida los verdugos agarran con furor al inocente y divino Cordero, vuelven a ponerle sus vestiduras, y después tomando la Cruz compuesta de dos gruesos y toscos palos, se la presentan: Jesús la recibe, la abraza, la besa, y por sí mismo se la pone sobre sus hombros.

“¡Oh inocentísimo Salvador mío! dice llorando San Bernardo. ¿Qué delito habéis cometido para ser condenado a tal género de muerte? Mas, Señor, prosigue el Santo, bien comprendo cuál ha sido vuestro delito: el excesivo amor que nos tenéis”. ¡Ah Jesús mío! ¿Y qué más podéis hacer para obligarme a amaros? Si un pobre esclavo se hubiese ofrecido a morir por mí, sin duda que se hubiera granjeado mi amor. ¿Cómo, pues, he podido vivir tantos años sin amaros, sabiendo que Vos, mi Señor y absoluto Dueño, habéis querido morir para salvarme? Os amo, ¡oh Bien infinito! y porque os amo me arrepiento de haberos ofendido.

PUNTO 2.º - POR LA VÍA DOLOROSA.

Salen del tribunal los reos y se encaminan al lugar del suplicio. Entre ellos va el Rey de la gloria, con la cruz sobre sus hombros. Salid también vosotros ¡oh serafines! y bajad del cielo a acompañar a vuestro Señor, que se dirige al monte Calvario para ser crucificado. ¡Qué espectáculo! ¡Un Dios va a dejarse crucificar por los hombres! Alma mía, mira a tu Salvador que va a morir por ti; mírale con la cabeza inclinada; con el cuerpo oprimido, la-

cerado por las heridas y derramando sangre; mírale con aquella corona de espinas en la cabeza, y con aquel pesado madero sobre los hombros. Pregúntale: “Cordero de Dios ¿a dónde vais tan fatigado? - Voy, te contestará, a acabar de Morir por ti, para que cuando me veas muerto, te acuerdes del amor que te he tenido; acuérdate pues, y ámame”.

¡Ah mi dulce Redentor! ¿Cómo he podido vivir tan olvidado de vuestro amor? ¡Oh pecados míos! vosotros sois los que habéis amargado el corazón de mi Señor, que me ha amado tanto. ¡Oh Jesús mío! Me pesa de las ofensas que os he hecho. Os agradezco la paciencia que hasta ahora habéis tenido conmigo, y os amo con toda mi alma, y no quiero sino a Vos solo. Haced que me acuerde siempre de vuestro amor para que no deje de amaros.

PUNTO 3.º - SUBAMOS CON JESÚS AL CALVARIO.

Jesús sube al Calvario y nos convida a seguirle con las palabras que dijo a sus discípulos: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. A esta intimación, lleno de caridad el Apóstol se dirige a los fieles, y les dice: “Salgamos, pues, con Él, abrazando sus oprobios e ignominias.

Sí, Señor mío; si Vos, que sois inocente, vais delante con vuestra Cruz, dadme la cruz que queréis que lleve, pues con ella os quiero seguir hasta la muerte. Con Vos quiero morir, Vos me mandáis que os ame, y yo nada deseo más que amaros. Vos sois y seréis siempre mi único amor, ayudadme con vuestra gracia. Y Vos, María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN SEPTIMA

SÁBADO

Crucifixión y muerte de Jesús

PUNTO 1.º - JESÚS EN LA CRUZ.

He aquí el Calvario hecho teatro del amor divino, donde un Dios muere por nosotros en un mar de dolores. Llegado allí Jesús, los verdugos vuelven a arrancarle con violencia las vestiduras pegadas a sus desolladas carnes, y le tienden sobre la Cruz. El Cordero divino se coloca sobre aquel lecho de muerte: presenta las manos y pies a sus enemigos y ofrece al Eterno Padre el sacrificio de su vida por la salvación de los hombres. Luego le clavan inhu-

manamente y levantan en alto la Cruz. Mira, alma mía, a tu Señor pendiente de aquellos tres garfios de hierro, y colgado de aquel madero sin alivio ni descanso.

¡Ah, Jesús mío, y qué muerte tan amarga es la vuestra! ¡Escrito tenéis sobre la Cruz: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*; y en verdad ese trono de penas, esas manos clavadas, esa cabeza taladrada de las espinas, ese cuerpo despedazado, os declara por Rey, pero Rey de amor. Me acerco enternecido a besar esos pies, me abrazo a esa Cruz en la que, hecho víctima de amor, habéis querido morir sacrificado por mí. ¡Desdichado de mí si Vos no hubiérais satisfecho por mí a la divina justicia! Yo os lo agradezco y os amo.

PUNTO 2.º - ABANDONO DEL DIVINO SALVADOR.

Considera cómo estando Jesús enclavado, no hallaba quién le diera consuelo alguno, pues unos le blasfemaban, otros le insultaban con mofas y escarnios, otros le decían: “Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz”. Otros: “¿Ha podido salvar a tantos, y no puede salvarse a sí mismo?” Sus mismos compañeros de suplicio, los ladrones, en vez de manifestarle alguna compasión o respeto, le blasfemaban también. Es-

taba, es verdad, María al pie de la cruz asistiendo con amor a su Hijo moribundo; mas la vista de esta Madre afligida, en vez de consolar a Jesús le atormentaba más y más de modo que, no hallando el Salvador consuelo en la tierra, se volvió al cielo para pedirle al Eterno Padre; pero el Padre al verle cargado con los pecados de los hombres, por los que estaba padeciendo, no quiso consolarlo, y entonces Jesús exclamó: “Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?”.

¡Oh Jesús mío! ¡Razón tendríais para decir que habiendo padecido tanto por los hombres, son muy pocos los que os aman! ¡Oh hermosas llamas de amor! Si habéis podido consumir la vida de un Dios, consumid en mí todos los afectos terrenos, y haced que viva y arda mi corazón sólo por aquel Señor que por mi amor quiso morir en un patíbulo infame. Y Vos ¡oh Dios mío! ¿cómo habéis podido morir por uno que después os había de ofender tanto? Vengaos, pues, ahora, y vuestro castigo sea mi salvación, dándome un extremado dolor de mis pecados, que me tenga siempre afligido y arrepentido de haberlos cometido. Venid, azotes, espinas, clavos y Cruz que atormentáis a mi Señor; venid a herir mi corazón. Este dolor

y vuestro amor ¡oh Jesús mío! serán mi salvación.

PUNTO 3º. - JESUCRISTO MUERE EN LA CRUZ.

Ya próximo el Redentor a entregar su espíritu dijo con voz moribunda: *Consumatum est; todo está consumado*; que fue como decir: “Hombres, todo se ha cumplido, terminada está la obra de vuestra redención: ea, amadme, pues ya nada más me queda por hacer para conquistar vuestro amor”. Alma mía, mira a tu Jesús que ya muere: mira aquellos ojos oscurecidos, aquella cara pálida, aquel cuerpo desgarrado: considera aquel corazón lánguido, aquella alma santísima que ya se separa de su cuerpo sagrado. El cielo se oscurece, se estremece la tierra, se parten los peñascos, se abren los sepulcros; señales de que perece el Creador del mundo. He aquí que Jesús, después de haber encomendado su benditísima alma al Padre, exhala de su afligido corazón un profundo suspiro, baja la cabeza renovando en aquel momento el sacrificio de su vida por nuestra salvación, y consumido por la violencia de los dolores, entrega su espíritu.

Acércate, alma mía, a la Cruz, besa los pies de tu Señor y considera que ha muerto por el grande amor que te ha tenido.

¡Ah Jesús mío, adónde os ha conducido vuestra caridad! Hacedme comprender bien cuán admirable es que un Dios muera por mí para que de hoy en adelante no ame sino a vos. Sí, os amo ¡oh sumo Bien! verdadero amante de mi alma: en vuestras manos la encomiendo y os pido por los méritos de vuestra muerte, que destruyendo en mí los afectos terrenos, me hagáis vivir únicamente para Vos, que solo merecéis todo mi amor. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

LA CONFESIÓN

Refiere un sabio y devoto escritor que, obligado una vez el demonio a manifestar lo que más daño le causaba, respondió que la confesión frecuente.

La confesión es el sacramento por el cual son perdonados los pecados; se recupera la divina gracia y todos los méritos de las buenas obras que se habían perdido por la culpa, y además recibe el alma mayores fuerzas para resistir a las tentaciones y conservar la devoción. Por lo cual muchos Santos, a fin de conseguir la mayor pureza posible de conciencia, acostumbraban confesarse todos los días; porque si en el mundo nadie quiere presentarse delante de otro con una mancha en el rostro, ¿qué extraño es que las almas amantes de Dios procuren purificarse más y más para hacerse agradables a los ojos de su amado Señor? Sin embargo, no queremos obligar a los fieles a que reciban tan a menudo este Sacramento: pero les sería sumamente provechoso, si lo hicieran una vez a lo menos cada semana, y además cuando hubiesen cometido alguna culpa advertida y más notable.

ACTOS PARA LA CONFESIÓN

Antes de la confesión, te has de encomendar de corazón al Señor, pidiéndole luz para conocer tus pecados y gravedad de ellos, con un vivo sentimiento de dolor para detestarlos, y firme propósito de no volver más a pecar. Pide además la intercesión de María Santísima, del Ángel Custodio y de los Santos tus abogados.

Para el examen de conciencia, repasa los mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia, y las obligaciones particulares de tu estado: notando las faltas de pensamientos, palabras, obras y omisiones que has cometido desde la última confesión bien hecha.

Ponemos aquí un examen práctico para comodidad de los que quieren hacer confesión general, o confesarse desde algún tiempo determinado de su vida, v.g., desde el año anterior, etc.

EXAMEN PRÁCTICO SOBRE LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS

Primer Mandamiento

Examínate: 1º Si estás bien instruido en la doctrina cristiana, v. gr., si sabes el Credo, la Sal-

ve, el Padre Nuestro, el Ave María, los Mandamientos, los Sacramentos o si por negligencia has descuidado el aprenderlos. - 2° Si has ejecutado acciones supersticiosas. - 3° Si en las anteriores confesiones has callado por vergüenza algún pecado. - 4° Si has cumplido la penitencia. - 5° Si has inducido a otros a pecar; o has dado escándalo con tus palabras, obras y comportamiento.

Segundo Mandamiento

Examínate: 1° Si has quebrantado algún voto. - 2° Si has jurado con mentira. - 3° Si has blasfemado o dicho palabras ofensivas contra Dios, o los Santos, o las cosas sagradas.

Tercer Mandamiento

Examínate: 1° Si has dejado de oír Misa. - 2° Si has llegado tarde a ella por tu culpa. - 3° Si has trabajado en día festivo sin necesidad, y si ha sido públicamente.

Cuarto Mandamiento

Si eres hijo de familia, examínate: 1° Si has aborrecido a tus padres. - 2° Si has hecho

alguna cosa grave contra su expreso mandato.
- 3° Si les has guardado la debida reverencia, o por el contrario, los has injuriado con hechos, o imprecaciones, o remedando sus gestos por afrentarlos, o profiriendo palabras que les ocasionasen grave molestia.

Por el contrario, si eres padre o madre, examínate: 1° Si has sido negligente en educar a tus hijos, no cuidando que aprendan doctrina cristiana, asistan a la Misa, frecuenten los Sacramentos y eviten las malas compañías y no has cuidado el trato con personas del otro sexo: si has permitido que los novios entren en casa o se queden a hablar a solas con tus hijas. - 2° Si has tenido a tus hijos en tu propio lecho, o permitiste que duerman juntos hermanos de diferente sexo. - 3° Si has blasfemado o maldecido en presencia de tus hijos.

Si eres amo, examínate si has corregido a tus criados cuando blasfemaban, o no cumplían el precepto pascual, o faltaban a Misa o hablaban deshonestamente u ofendían a Dios de cualquier otro modo en casa o en el campo; pues los amos, pudiendo, están obligados a impedir los escándalos y pecados a sus dependientes.

Las mujeres examínense si han provocado a sus maridos a que blasfemaran, o les han

negado lo que se les debe, porque muchas veces por sólo ésto se condenan y son causa de que suceda lo mismo con sus maridos que así desairados corren desenfrenados a precipitarse en mil excesos.

Quinto Mandamiento

Examínate: 1° Si has deseado algún mal al prójimo o te has complacido en su daño. - 2° Si has hecho al prójimo alguna injuria. - 3° Si has promovido discordias, sembrando cizaña con tus chismes, y contando al uno lo que le oíste al otro. - 4° Si te has excedido notablemente en la comida y especialmente en la bebida.

Sexto Mandamiento

En orden a los pensamientos, examínate: 1° Si has deseado o te has deleitado detenidamente en cosas deshonestas; si con plena advertencia y consentimiento; cuántas veces, poco más o menos, en un día, en una semana, en un mes. Si has buscado o puesto medios para conseguir el intento. - 2° En orden a las palabras obscenas, examínate si las has dicho;

qué clase de ellas; delante de quiénes; si te has deleitado oyendo a otros hablar deshonestamente. - 3° En cuanto a las obras examínate si has cometido algún pecado, si a solas, si con otros u otras.

Si has leído algún libro obsceno, o mirado alguna fotografía deshonestas.

Séptimo Mandamiento

Examínate : 1° Si has tomado alguna cosa ajena, de quién y cómo. - 2° Si has hecho trampas al medir o vender. 3° Si has pagado lo que debes. - 4° Si de cualquier otro modo has defraudado a alguien en sus intereses.

Octavo Mandamiento

Examínate: 1° Si has infamado a alguno; si lo hicistes imputándole un delito falso, o descubriendo uno verdadero, pero oculto. - 2° Si diste en rostro a alguno con algún vicio infamante. - 3° Si has hecho juicios temerarios. - 4° Si has murmurado o te has deleitado en oír murmurar y censurar vidas ajenas.

El noveno y décimo mandamiento se comprenden en el sexto y séptimo.

En cuanto a los preceptos de la Iglesia, después de lo dicho arriba, sólo resta que te examines si has ayunado en la Cuaresma y vigiliass, suponiendo que seas persona obligada a hacerlo, y si has tomado las Bulas, pudiendo.

Respecto a las propias obligaciones, como éstas son diferentes, según los diversos estados, y se supone que cada uno sabe las suyas, no se pone aquí el examen práctico de ellas: y si hubiera alguno que no las supiese, conviene que se acuse principalmente de esta ignorancia.

ORACIÓN

Después del examen

Dios de infinita majestad, he aquí a vuestros pies al rebelde que ha vuelto a ofenderos tantas veces; mas ahora humillado os pide perdón: Señor, no me desechéis, pues Vos no despreciáis un corazón que se humilla y se arrepiente. Gracias os doy por haberme esperado hasta ahora, y no haberme hecho morir en pecado y mandado al infierno, como merecía. Confío ¡oh mi Dios! que pues me habéis esperado me perdonaréis en esta confesión, por los méritos de Jesucristo, todas mis culpas, de las

que me arrepiento y me pesa por haber con ellas merecido el infierno y perdido la gloria; pero más que por el infierno merecido, me arrepiento con toda mi alma por haberos ofendido a Vos, bondad infinita. Os amo ¡oh sumo Bien! y porque os amo, me pesa de todas las injurias que os he hecho: me he alejado de Vos, os he perdido el respeto, he despreciado vuestra amistad: en una palabra, me he hecho voluntariamente vuestro enemigo; pero Vos, señor, perdonadme, mientras yo con todo mi corazón aborrezco mis culpas y mi maldad sobre todo otro mal. Me arrepiento, no sólo de los pecados mortales, sino además de los veniales, porque éstos también os han disgustado. Propongo no volver a ofenderos de hoy en adelante. Sí, Dios mío: antes morir que volver a pecar.

(Si te has de acusar en la confesión de algún pecado en que eres reincidente, es bueno que hagas un propósito particular de no volver a cometer aquel pecado determinado, prometiendo huir de la ocasión y practicar los medios que te indicare el confesor y que tú mismo juzgues más eficaces para enmendarte).

ORACIÓN

Después de la confesión

Amado Jesús mío: ¡cuán obligado os estoy! Por los méritos de vuestra sangre espero haber quedado ya perdonado. Os lo agradezco con toda mi alma, y espero poder llegar un día a vuestro reino para alabar eternamente vuestras misericordias. Dios mío, si hasta ahora os he perdido tantas veces, ya no os quiero perder más, y propongo sinceramente mudar de vida. Vos merecéis todo mi amor, yo os quiero amar de veras, y no verme más apartado de Vos. Os he prometido y os vuelvo a prometer que prefiero morir antes que ofenderos de nuevo. Prometo también apartarme de las ocasiones y tomar tal medio (*determina cuál*) para no volver a caer. Mas ¡oh Jesús mío! Vos que conocéis bien mi flaqueza, dadme fuerzas para que os sea fiel hasta la muerte. Virgen Santísima, ayudadme; Vos sois la madre de la perseverancia, en vos pongo mis esperanzas después de vuestro Hijo.

LA COMUNIÓN

No hay medio tan eficaz para libraros de los vicios y para adelantar en la práctica del divino amor, como la Sagrada Comunión. Mas ¿por qué tantas almas, después de muchas comuniones, se hallan con las mismas faltas? Esto sucede por la poca disposición y casi ninguna preparación que llevan a la sagrada mesa. Dos cosas son necesarias para esta preparación. La primera es quitar del corazón los afectos desordenados, que son obstáculo al amor divino; la segunda es tener gran deseo de amar a Dios, y ésta, dice San Francisco de Sales, debe ser la principal intención de los que comulgan; es decir, la de crecer en el amor de Dios.

“Sólo por amor, dice el Santo, se ha de recibir a un Dios que sólo por amor se ha dado a nosotros”.

ACTOS

DE PREPARACIÓN PARA LA COMUNIÓN

Acto de fe

I - He aquí que llega subiendo por montes y atravesando collados. (Cant., II, 8.), ¡Oh mi

amabilísimo Salvador! Para poder llegar a uniros conmigo por medio de este Santísimo Sacramento, cuántos montes difíciles y escabrosos habéis tenido que atravesar! De Dios habéis pasado a haceros hombre, de inmenso, a haceros niño; de omnipotente, a haceros siervo; desde el seno del Padre, al de una Virgen; desde el cielo, a un establo; desde el trono celestial, a un patíbulo infame: y ahora Vos mismo, desde la mansión de la gloria, debéis pasar a habitar dentro de mi pecho. ¡Oh qué grande es vuestra bondad, Jesús mío!

He aquí, alma mía, que tu amado Jesús, movido de aquel mismo amor con que te amó muriendo por ti sobre la Cruz, está ahora escondido bajo las especies del Santísimo Sacramento. ¿Y qué está haciendo? Está cual amante apasionado, deseoso de verse correspondido y desde la Hostia está mirándote a ti, que vas a alimentarte de su divina carne, para ver lo que piensas, lo que amas, lo que deseas, y buscas, y las ofrendas que le vas a presentar. Ea pues, alma mía, disponte a recibir a Jesús sacramentado; aviva tu fe, y dile: Amado Redentor mío, Vos dentro de pocos momentos habéis de venir a mí. ¡Oh Dios escondido y desconocido para la mayor parte de los hom-

bres! Creo en Vos: os confieso presente en el Santísimo Sacramento, y como mi Señor y Salvador, os adoro profundamente; y por confesar esta verdad, de muy buena gana daría yo hasta mi vida. Vos venís para enriquecerme con vuestras gracias. ¿Cuánto, pues, no ha de ser mi confianza en vuestra amorosa venida?

Acto de confianza

II - Alma mía, ensancha tu corazón: he aquí a Jesús, que puede hacerte dichosa, y te ama en extremo; espera, pues, grandes favores de este tu Señor, que movido del amor y siendo todo amor llega hasta ti. Sí, amado Jesús mío y esperanza mía: confío en vuestra bondad y espero que Vos mismo encenderéis ahora, en mi pobre corazón, la hermosa llama de vuestro puro amor y un verdadero deseo de daros gusto, para que de hoy en adelante no quiera sino lo que Vos queráis.

Acto de amor

III - ¡Oh Dios verdadero y único amante de mi alma, verdadera y única bondad! ¿qué más podíais hacer para obligarme a amaros?

No os ha parecido bastante el morir por mí, sino que habéis querido además instituir este gran Sacramento para entregaros y uniros tan íntimamente con una criatura tan asquerosa e ingrata como yo; y lo que es aún más, Vos mismo me convidáis a recibirlos y tanto deseáis que os reciba. ¡Oh amor inmenso, amor incomprendible, infinito! ¡Un Dios quiere darse todo a mí! Alma mía, lo crees, y ¿qué haces, qué dices? ¡Oh Dios amable, infinito, único objeto digno del amor de todas las criaturas! Os amo con todo mi corazón; os amo sobre todas las cosas; os amo más que a mi vida. ¡Oh si pudiera hacer que os amasen todos los corazones como Vos merecéis! Os amo, Dios mío amabilísimo; uno mi miserable corazón al de las almas más amantes, al de Vos mismo, Jesús mío y con él os adoro humildemente. Os amo, bondad infinita, con aquel amor con que os aman todos los ángeles del cielo, con el amor con que os ama vuestra amorosísima Madre María, con el amor con que Vos, Jesús mío, os amáis a Vos mismo, y os amo porque sois tan digno de ser amado, porque Vos así lo queréis. Salid de mi corazón afectos terrenos, los que nos sois para mi Dios. Madre del Amor Hermoso, María Santísima, ayudadme a amar a

aquel Dios a quien Vos amáis tanto, y tanto desea ser amado.

Acto de humildad

IV - Alma mía, ya vas a alimentarte de la Carne sacrosanta de Jesucristo. ¿Y eres tú digna? ¡Oh Dios mío! ¿Quién soy yo y quién sois Vos? Bien sé y confieso quién sois Vos que a mí os dais, y Vos bien sabéis quién soy yo, que vengo a recibirlos. ¿Cómo, pues, es posible ¡oh Jesús mío! que Vos, grandeza infinita, tengáis deseo de venir a hospedaros en esta alma mía, que tantas veces ha sido morada de vuestro enemigo, y manchada de tantos pecados? Conozco ¡oh Señor mío! vuestra grande Majestad y mi miseria, y me avergüenzo de presentarme a Vos. Quisiera alejarme por respeto; pero si me aparto de Vos, vida mía, ¿a dónde iré? ¿a quién recurriré? ¿qué será de mí? No: no quiero ya alejarme, antes bien quisiera acercarme más y más a Vos, que me permitís que os reciba en alimento, y además me convidáis a ello. Voy, pues, ¡oh mi amado Salvador! voy a recibirlos en este instante, humillado, contrito y confuso, pero lleno de confianza en vuestra piedad y en el amor que me tenéis.

Acto de dolor

V - ¡Oh cuánto me pesa, oh Dios de mi alma! no haberos amado, y, lo que es peor, haber disgustado tanto a vuestra bondad infinita para contentar mis gustos; haberos vuelto las espaldas; haber despreciado vuestra gracia y amistad, en suma, ¡oh, Dios mío, haber yo, infeliz, renunciado a Vos por nada! Señor, me arrepiento con todo mi corazón. Aborrezco sobre todo otro mal las ofensas que os he hecho tanto las graves como las leves, porque con ellas os he ofendido a Vos, bondad infinita. Espero que me habréis ya perdonado; pero si aún no lo habéis hecho, perdonadme ahora, ¡oh Jesús mío! antes que os reciba, lavad con vuestra sangre preciosa esta mi alma a la que habéis de venir dentro de poco tiempo a fijar vuestra morada.

Acto de deseo

VI - Ea, alma mía, ya llega la hora dichosa en que tu Jesús ha de venir a hospedarse en tu pobre corazón. He aquí tu Redentor y Dios que ya viene a ti. Prepárate a recibirle con amor, y llámale con ardiente deseo. Venid ¡oh Jesús

mío! venid a mi alma, que por Vos suspira. Antes que os entreguéis a mí, quiero yo entregaros y os entrego mi pobre corazón. Aceptadle y venid luego a tomar posesión de él. Sí: venid luego ¡oh mi Dios! no tardéis más, mi único e infinito bien; quisiera recibirlos con aquel amor con que os han recibido las almas más santas y más amantes, con el que os recibía María Santísima: a sus Comuniones uno esta mía.

Santísima Virgen, Madre mía María: he aquí que me acerco a recibir a vuestro Hijo. Dadme ahora a vuestro Jesús, como lo disteis a los Pastores y a los Santos Magos. Hago intención de recibirle de vuestras purísimas manos; decidle que soy vuestro siervo y devoto y Él me mirará con ojos más amorosos y me estrechará más íntimamente consigo ahora que viene a mí.

ACTOS

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El momento después de la Comunión es tiempo precioso para ganar tesoros de gracias; pues los actos y súplicas que se hacen enton-

ces, por estar el alma unida a Jesucristo, tiene mérito y valor más especial que ningún otro tiempo. Santa Teresa escribe que el Señor está entonces en el alma como en un trono de misericordia, y la está diciendo: “Alma, pídemelo que quieras, pues con este fin he venido y estoy en ti para hacerte bien”. ¡Cuántos y qué favores tan especiales reciben los que se detienen en hablar amorosamente con Jesucristo después de la Comunión! El venerable maestro Ávila no dejaba de estar en oración por lo menos dos horas después de la Comunión, y San Luis Gonzaga empleaba tres días en dar gracias a Jesucristo. Haga, por lo menos el que ha comulgado los siguientes actos, y procure en lo restante del día seguir con afectos y súplicas para mantenerse unido espiritualmente a Jesucristo, a quien ha recibido por la mañana.

Acto de fe

I - He aquí que ha venido mi Dios a visitarme, a habitar en mi alma. Ya mi Jesús se halla dentro de mí. Él ha venido a hacerse mío, y al mismo tiempo a hacerme todo suyo; de modo que Jesús es mío, y yo de Jesús: Jesús es todo mío, y yo todo suyo.

¡Oh bondad infinita! ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito! ¡Un Dios venir a unirse conmigo y hacerse todo mío! Alma mía, ahora que te hallas con Jesús, ¿qué haces? ¿qué dices? ¿Cómo no hablas con tu Dios que está contigo? Ea, aviva de nuevo tu fe alrededor adorando a su Dios que está dentro de ti. Aleja cualquier pensamiento extraño: recoge los afectos de tu corazón, estréchate con tu Dios, y dile:

Acto de recibimiento

II - ¡Oh mi Jesús, oh mi amor, mi Bien infinito y mi todo! Seáis para siempre bienvenido a la pobre casa de mi alma. Pero, Señor, ¿a dónde habéis llegado? A este corazón peor que el establo en que nacisteis, lleno de amor propio y de afectos desordenados: ¿y cómo habéis podido venir a habitar en él? Quisiera deciros con el Apóstol San Pedro: “Salid de mí, Señor, porque soy hombre pecador: alejaos de mí, porque soy del todo indigno de hospedar a un Dios de infinita majestad; id a descansar en aquellas almas puras que os sirven con verdadero amor”. Mas no, Redentor mío, os lo suplico, no os retiréis de mí, porque si Vos me dejáis, quedaré perdido; os abrazo,

vida mía, con Vos me uno estrechamente. Muy insensato he sido en haberme separado de Vos por amor de las criaturas, pero ahora no quiero separarme más; quiero siempre vivir y morir unido con Vos.

María Santísima, serafines, almas todas que amáis a Dios con un amor puro: alcanzadme vuestros mismos afectos para poder hacer la compañía debida a mi amado Señor.

Acto de agradecimiento

III - ¡Oh mi amado Señor! Os agradezco el favor que me habéis dispensado al haber venido a habitar en mi alma y quisiera poder ofreceros un agradecimiento digno de Vos por esta dádiva. Mas ¿qué digno agradecimiento puedo yo ofreceros, oh Dios mío? David decía: *¿Qué daré yo al Señor por lo que Él me ha dado?* ¿Y qué os daré yo a Vos, que después de haberme dado tantos otros bienes os habéis dado también a Vos mismo? Bendice, pues, alma mía, y alaba como mejor puedas a tu Dios. Y Vos Madre mía María, Santos mis abogados, mi Ángel Custodio, almas todas las que estáis enamoradas de Dios, venid a bendecirle y alabarle por mí, admirando y ensal-

zando gracias tan grandes como las que me acaba de hacer.

Acto de ofrecimiento

IV - *Mi Amado para mí, y yo para Él.* Si un Rey llegara a visitar a un pobre pastorcillo en su misma choza, ¿qué más podría ofrecerle el pastorcillo sino la choza tal cual ésta fuera? ¡Oh mi divino Rey Jesús! Pues habéis venido a visitar la pobre casa de mi alma, os la ofrezco, y con ella todo lo mío, con toda mi libertad y voluntad. Vos os habéis dado todo a mí, pues yo me doy todo a Vos. No quiero, ¡oh mi Jesús! no quiero ser ya mío, sino de hoy en adelante vuestro y todo vuestro. Vuestros sean mis sentidos, a fin de que sirvan solamente para daros gusto. ¿Y qué mayor gusto se puede tener que el agradaros a Vos, Dios amantísimo y amorosísimo? Os doy también todas mis potencias y quiero que todas sean vuestras; no quiero que la memoria me sirva para cosa más que para acordarme de vuestros beneficios y vuestro amor; que no me sirva el entendimiento sino para pensar solamente en Vos, que siempre pensáis en mi bien, y deseo que la Voluntad me sirva únicamente para amaros a Vos

solo, ¡oh mi Dios y mi todo! y para querer únicamente lo que Vos queráis. Os consagro, pues, y sacrifico ¡oh dulcísimo Salvador mío! todo lo que tengo y soy: mis sentidos, mis pensamientos, mis afectos, mis gustos, mis inclinaciones y mi libertad; en suma, en vuestras manos entrego todo mi cuerpo y mi alma. Aceptad ¡Majestad infinita! el sacrificio que os hace de sí mismo, el pecador más ingrato que ha habido sobre la tierra, y que ahora se ofrece y consagra todo a Vos. Haced, Señor, en mí y disponed de mí como os plazca. Venid ¡oh fuego consumidor! ¡oh amor divino! y destruid en mí todo lo que es mío y no agrada a vuestros purísimos ojos. Haced que de hoy en adelante sea todo vuestro y sirva solamente para cumplir, no sólo vuestros preceptos, sino también vuestros deseos y mayor gusto. Amén.

¡Oh Madre mía María, presentad con vuestras manos este ofrecimiento a la Santísima Trinidad! Haced que lo acepte y me conceda la gracia de ser fiel a su servicio hasta la muerte. Amén.

Acto de petición

V - Alma mía, tiempo es éste de conseguir todas las gracias que desees. ¿No ves al Eter-

no Padre que te está amorosamente mirando, viendo dentro de ti al que es su Hijo muy amado? Desecha ahora todo afecto terreno: aviva tu fe, ensancha el corazón, y pide cuanto quieras. ¿No oyes a Jesús mismo que te dice: “Alma, di ¿qué quieres que te haga? ¿Qué quieres de mí? He venido para enriquecerte y contentarte; pide, pues, con confianza, y alcanza-rás lo que deseas”.

¡Oh mi dulcísimo Salvador! Ya habéis venido para dispensarme gracias y deseáis que os las pida, no pido ni bienes terrenos, ni riquezas, ni honores, ni placeres; dadme, os suplico, un gran dolor de los disgustos que os he dado; dadme una vivísima luz que me haga conocer la vanidad de este mundo, y el derecho que tenéis de ser amado; mudadme este corazón, purificadle de todos los afectos terrenos y haced que sea en todo conforme a vuestra voluntad, que no busque más que vuestro mayor agrado, y que no aspire a cosa más que a vuestro santo amor. No merezco estas gracias, pero me las merecéis Vos ¡oh Jesús mío! que habéis venido a habitar en mi alma, pues las pido por vuestros méritos, por los de vuestra Santísima Madre y por el amor que tenéis a vuestro Eterno Padre.

(Aquí detente a pedir a Jesús alguna otra gracia particular para ti y para el prójimo, no olvidándote de los pecadores, de las almas del purgatorio y del que ha ordenado este librito; después di):

Eterno Padre, Jesucristo mismo vuestro Hijo, nos ha prometido que nos concederéis todo lo que pidiéramos en su nombre: por amor, pues, de este Hijo vuestro que yo tengo en mi pecho, oídme y concededme lo que os pido.

ÍNDICE

Págs.

MÉTODO PARA MEDITAR	3
---------------------------	---

MEDITACIONES SOBRE LAS VERDADES ETERNAS

MEDITACIÓN PRIMERA. <i>Domingo.</i>	
Fin del hombre	9
MEDITACIÓN SEGUNDA. <i>Lunes.</i>	
Importancia del fin	12
MEDITACIÓN TERCERA. <i>Martes.</i>	
Del pecado mortal	16
MEDITACIÓN CUARTA. <i>Miércoles.</i>	
De la muerte	19
MEDITACIÓN QUINTA. <i>Jueves.</i>	
Del juicio	23
MEDITACIÓN SEXTA. <i>Viernes.</i>	
Del infierno	26
MEDITACIÓN SEPTIMA. <i>Sábado.</i>	
Sobre la eternidad de las penas	29
	87

OTRAS SIETE MEDITACIONES SOBRE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

MEDITACIÓN PRIMERA. <i>Domingo.</i>	
Amor de Jesús en padecer por nosotros.	32
MEDITACIÓN SEGUNDA. <i>Lunes.</i>	
Oración del Huerto	37
MEDITACIÓN TERCERA. <i>Martes.</i>	
Pasión de Jesús	42
MEDITACIÓN CUARTA. <i>Miércoles.</i>	
Jesús azotado	47
MEDITACIÓN QUINTA. <i>Jueves.</i>	
Jesús coronado de espinas	51
MEDITACIÓN SEXTA. <i>Viernes.</i>	
Camino del Calvario	55
MEDITACIÓN SEPTIMA. <i>Sábado.</i>	
Crucifixión y muerte de Jesús	58
La confesión	63
Actos para la confesión	64
EXAMEN PRÁCTICO sobre los mandamientos	
de la Ley de Dios	64
Oración después del examen	69
Oración después de la confesión	71
La comunión	72
Actos de preparación para la comunión	72
Actos para después de la comunión	78